

Pedro Sorela

Lo que miran los vagos



menos**cuarto**

reloj de arena

Colección dirigida por FERNANDO VALLS

© Pedro Sorela, 2015

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2015

ISBN: 978-84-15740-25-4

Dep. Legal: P-88/2015

Diseño de colección: ECHEVE

Fotografía de cubierta: *Tánger* (© PEDRO SORELA)

Fotografías y dibujos: PEDRO SORELA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Qué miran los vagos

Siempre hay un protagonista, en una plaza, ya sea ese hombre que se tambalea borracho tras una manifestación por el 1.º de mayo en la Alexanderplatz del Berlín comunista, ya ese gamín que huye de la lluvia en la plaza de Bolívar en Bogotá (aunque lo que ocurre allí no cabe en la palabra *lluvia*), ya sea ese viajero que atraviesa en calcetines una explanada llena de mierdecillas de rata ante un edificio religioso en Nueva Delhi, o ese hombre que atraviesa sin mirar a los lados la pequeña plaza de los Faroles, de Córdoba: un comportamiento muy misterioso si se tiene en cuenta que según versiones se trata del rincón más bello del mundo.

Es una tarde inmóvil, en Tánger, tan inmóvil que casi se puede ver el tiempo pasar, cuando el hombre llega a la plaza de los Cañones, también llamada *De los Vagos* por la cantidad de hombres que ahí, por la tarde, se sientan a ver... a ver... qué es lo que miran los vagos es un misterio. No es el paso del tiempo, es otra cosa.

Casi todos ellos: flacos, morenos, con largos libros en los ojos, miran hacia delante y hacia el puerto donde

el humo de dos grandes barcos demuestra —es una de las pruebas clásicas— que el tiempo, en efecto, pasa. Calzados con sandalias y ropa de colores dudosos, miran hacia el estrecho azul de Gibraltar y una piedra muy grande que cubre toda la línea del horizonte y se va oscureciendo.

Está claro que es allí hacia donde resbalan las miradas en el tobogán de la tarde. Lo difícil es saber cómo resbalan, si con nostalgia, con anhelo o mientras se inicia una especie de hervor. Antes de que llegue a hervir, comienza a atardecer. Un clic en el aire, la vista y el corazón que cambia de algún modo las cosas.

Veamos pues de nuevo la escena. El hombre ha llegado a la plaza de los Vagos y mira a estos, inmóviles, viendo abajo el humo de los barcos, el mar como un plato, España a lo lejos... pero no tan lejos. Justo ahí enfrente, como al alcance de una piedra. Entonces el hombre se deja invadir por la Historia. O lo que es lo mismo, por esa nostalgia que ocupa los ojos de los vagos. Que los ocupa por completo, como un aguacate su cáscara. ¿Cómo no van a tener deseos de invadir? ¿Conquistar? El movimiento sigue a la nostalgia como el paso derecho al izquierdo.

Es necesario precisar que no siempre se ve España al otro lado de ese pedazo de mar que con el sol de la tarde parece de plata de color azul. En el estrecho se produce el eterno abrazo entre un mar y un océano, una historia muy vieja, y de ahí el nombre, con las consiguientes corrientes, traiciones y caprichos, y versiones incluso muy discutidas de la historia de ese abrazo:

cómo y dónde comenzó, entre quiénes y con qué afecto. Así que la mayor parte de los días España es solo algo que uno sabe que está ahí, al otro lado de la bruma, incluso si parece que allí no hay nada. E igual que con las transparencias al viento en el harén de un jeque, ese velo de delgada niebla es la mayor razón para ir a averiguar qué se esconde.

Ahí está pues, el hombre, dejando que sus ojos resbalen por el tobogán de la Historia.

Es un profesor. Es cierto que los profesores ensimismados son una especie abundante, pero en este caso es porque vino a Tánger en busca de los rastros de *Aquella Generación, Aquel Grupo de Escritores en el Margen que vivió aquí en Aquellos Años Legendarios en que Tánger...* y se ha encontrado con que era pura leyenda y nada más. Es fácil de ver, una vez allí. Construcciones académicas. Perezosos Reportajes Dominicales. Muletillas. Postales de la Industria Turístico Cultural Nostálgica. Papilla.

El hombre se ha quedado sin curiosidad y con la sensación de que le han robado el tiempo, igual que una cartera, y ahí está, a la deriva, como el humo de los barcos que apenas tiene fuerza para levantarse y vacila antes de decidirse a regresar a Europa o adentrarse en el continente. De siempre Tánger es una entrada al África y toda la ciudad viene a componer una gran puerta, una aldaba de bronce para llamar. Esa noche tiene algo que es una suerte de invitación.

El hombre repara de pronto en la luz, que aunque atardece sería como la de un mediodía de mayo en el

norte de España. Lisa como una seda, tibia como un cachemir, digna de la mejor chamarilería de la Medina, el barrio denso de cafés y tiendas oscuras que descien- de hacia el mar: una luz eficaz sin ser agresiva, elegan- te, cuesta creer que esa luz sea del mismo sol que con- vierte la piel de algunos europeos en tomate frito.

Esta luz es la responsable del tono noche de luna de tres jovencitas que cruzan la plaza, noche de luna triunfante. Una de esas veces en que un tono parece haber sido creado por Dios para acariciar con él la piel de una jovencita y sugerir así que a partir de ahí ya nada será lo mismo. No una revelación sino su sugerencia. Claro que no todo el mundo sabe leer sugerencias.

Por si no bastara el color de la piel —café claro, color comienzo de la noche—, para eso están los ojos. Una escritura de los ojos que parece saltar y bailar por la plaza de los Vagos para unificarla igual que una caligra- fía árabe. Esa escritura de pupilas es lo que resalta como si fuesen luces los ojos de ese muchacho ágil que cruza la plaza llevando una bandeja redonda y sobre esta un café, aunque un poco menos negro que sus ojos, igual de humeante. En la mirada urgente del muchacho está de algún modo escrita toda la novela del hombre que en alguna parte de la ciudad espera el café. O, igual que con la leyenda del Grupo Maldito que resultó simplemente Borracho, a lo mejor el café es el engaño, como la bruma de Gibraltar, y el verdadero envío es la bandeja. Platea- da. Redonda. Todo un mensaje, un jeroglífico.

El café es a su vez —o el té con menta o el aroma de especias que recuerdan a Oriente— lo que va pun-

teando toda la ciudad que rodea las terrazas de la plaza de los Vagos. Están ocupadas solo por hombres y todo es aquí cadencioso como las rayas verticales de las chilabas de los viejos con barbas grises y las señoras ya un poco gordas. Solo un gimnasio ha conseguido desembarcar en Tánger. En la parte alta de un hotel de lujo no lejos de la plaza deja ver bicicletas estáticas y aparatos para caminar, vacíos, inmóviles, y domina el estrecho como la bandera de una nueva civilización. La civilización Fitness, que vino tras los etruscos, los romanos, los españoles (hijos de los anteriores) y Hollywood. Esa cadencia lenta apenas se acelera en las vistosas chilabas de las jóvenes, que saben arreglarse el hijab como ya quisieran en París.

El hijab, el velo, merecería todo un cuento, un culebrón de quinientos capítulos, un alegato, una tesis. Baste apuntar aquí lo importante, y es que, incluso en los casos de máxima elegancia, o precisamente por ella —esas muchachas parecen haber inventado la idea misma de elegancia—, el hijab apenas consigue retener los ojos dentro del rostro. Porque esos ojos se salen. Con el pelo siempre tapado y a veces la boca, los ojos de esas niñas de quince años tienen una carga de negro brillante, negro estrecho de Gibraltar cuando ya ha caído la noche, incluidos los reflejos, con el que uno temería que esas pobres muchachas no van a poder cargar. El misterio es que las miradas desbordan y escapan casi con ligereza de golondrinas hacia todas partes, y eso que el peso de la más ligera equivale a un discurso de cualquier primer ministro europeo.

Aunque bien pensado, lo de los ojos no es sino el síntoma más visible de una insuficiencia general. No es que los ojos no quepan. Es que tampoco cabe el azul en el cielo, antes de la llegada de la noche, ni la noche, ni el humo indeciso de los barcos. Ni España, que ocupa el horizonte al otro lado del estrecho. Ni los vagos, que desbordan la plaza de los cañones por todas partes con sus miradas largas, ni los cañones, que sirven de apoyo a unos cuantos vagos recostados en ellos y de juego a niños que se les suben a caballo sin el menor respeto...

Ni la historia. Una vez descartada la leyenda del amor entre la ciudad y los escritores borrachos, el hombre busca. Está abandonando algo y busca un nuevo proyecto.

A estas alturas parece uno más de los vagos de la plaza, el hombre, pues mira en la misma dirección y con los ojos entrecerrados por la pura fuerza del anhelo. Parece que todos ellos, los vagos y él, están todavía en el puerto de partida pero lo cierto es que sus almas ya viajan. Su situación es crítica.